

CÓMO SUPERAR LA ADVERSIDAD

EL HOMBRE O LA MUJER QUE TENGAN
LA PERSPECTIVA DE DIOS,
¡SIEMPRE SALDRÁN VICTORIOSOS!



CHARLES STANLEY

CÓMO SUPERAR LA ADVERSIDAD

EL HOMBRE O LA MUJER QUE TENGAN
LA PERSPECTIVA DE DIOS
¡SIEMPRE SALDRÁN VICTORIOSOS!



CHARLES STANLEY

NUN

www.EditorialNivelUno.com

Para vivir la Palabra

Para vivir la Palabra

MANTÉNGANSE ALERTA;
PERMANEZCAN FIRMES EN LA FE;
SEAN VALIENTES Y FUERTES.
—1 CORINTIOS 16:13 (NVI)

Publicado por:



Editorial Nivel Uno, Inc.
3838 Crestwood Circle
Weston, FL 33331
www.editorialniveluno.com

©2014 Derechos reservados

ISBN: 978-1-941538-66-1

Desarrollo editorial: *Grupo Nivel Uno, Inc.*

Copyright ©1988 por Charles Stanley

Publicado en inglés con el título de:

How to Handle Adversity por Thomas Nelson, una división de
HarperCollins Christian Publishing, Inc.

Todos los derechos reservados. Se necesita permiso escrito de los editores, para la reproducción de porciones del libro, excepto para citas breves en artículos de análisis crítico.

A menos que se indique lo contrario, los textos bíblicos han sido tomados de la Santa Biblia, Nueva Versión Internacional' NVI' ©1999 por Bíblica, Inc.®. Usada con permiso.

Printed in the United States of America
Impreso en Estados Unidos de América

19 20 21 22 23 VP 9 8 7 6 5 4 3 2 1

Contenido

<i>Introducción</i>	9
1. Adversidad: ¿Quién está detrás de todo esto?	11
2. El poder de la perspectiva	27
3. Cuando Dios está callado	47
4. Justicia para todos	65
5. Avanza a través de la adversidad	77
6. ¡Su atención, por favor!	93
7. Un recordatorio poco agradable	103
8. Un autoexamen	115
9. Una experiencia humillante	127
10. El poder de la debilidad	139
11. Fiel es el que te llamó	149
12. Consolados para consolar	159
13. No yo, sino Cristo	171
14. La historia de un hombre	185
15. Responde a la adversidad: la decisión es tuya	205
<i>Una palabra final</i>	219

Introducción

Hermanos míos, considérense muy dichosos cuando tengan que enfrentarse con diversas pruebas, pues ya saben que la prueba de su fe produce constancia. Y la constancia debe llevar a feliz término la obra, para que sean perfectos e íntegros, sin que les falte nada.

—SANTIAGO 1.2-4

Sé de varias personas que están enojadas con Dios a causa de la adversidad que se ha presentado en sus vidas. Hay un hombre en particular que se niega a poner pie en la iglesia porque no consiguió el ascenso que pensaba merecer. Otra señora está enojada porque Dios no impidió que su hija se casara con un hombre no creyente. En cada uno de estos casos, la tragedia es que estas personas se pusieron espiritualmente del lado de afuera. No podrán avanzar espiritualmente ni un centímetro más hasta tanto

cambien su perspectiva en relación con la adversidad. Justamente lo que Dios ha permitido en sus vidas como incentivo para crecer, los hizo entrar en un coma espiritual ¿Por qué? Porque se niegan a que «tenga la paciencia su obra completa [de maduración], para que seáis perfectos y cabales», como señalamos antes en el pasaje de Santiago.

Si no nos comprometemos con el proceso de madurez y crecimiento espiritual, jamás tendremos la capacidad de experimentar esa paz y sabiduría que viene de Dios, y que Santiago conocía. Jamás habrá gozo en el sufrimiento.

Animo a quien lee este libro a abrir los ojos a la fidelidad de Dios, y a abrir el corazón a todas las lecciones que Él anhela enseñarle por medio de las circunstancias de la vida. Y oro porque surja en victoria al descubrir la perspectiva de Dios para esta vida y la vida que vendrá.



Capítulo 1

Adversidad:
¿Quién está detrás
de todo esto?

Cuando Jesús y sus discípulos pasaban a través de Jerusalén, se encontraron a un hombre que era ciego de nacimiento. Eso hizo surgir una pregunta con la cual los discípulos habían estado luchando por algún tiempo. Por eso preguntaron:

—Rabí, para que este hombre haya nacido ciego, ¿quién pecó, él o sus padres?

—JUAN 9.2

Su dilema estaba basado en una suposición que habían aprendido durante toda su vida: que la enfermedad era señal del juicio de Dios. No había duda en sus mentes de que alguien había pecado. Pero, ¿quién había sido?

Los discípulos estaban tratando de responder, a través de su limitada perspectiva, una pregunta que nosotros también nos hacemos muy a menudo. *¿Por qué* sucedió esto? *¿Por qué* se fue mi hijo de la casa? *¿Por qué* se enfermó mi padre de cáncer? *¿Por qué* se quemó nuestra casa? *¿Por qué* perdí mi empleo? *¿Por qué* me demandaron?

Las preguntas son interminables. Cada uno de nosotros tiene una lista específica. Algunas veces las emociones se involucran de tal manera que ni siquiera nos atrevemos a verbalizar la frustración que sentimos, porque el preguntar y el darnos cuenta de que no hay una línea bien definida, amenaza nuestros fundamentos en cuanto a lo que pensamos acerca de Dios y de su bondad. Sin embargo, las preguntas siguen presentes.

Como los discípulos, estamos listos para ver la adversidad con una mente estrecha. Vemos hacia nosotros mismos y a menudo iniciamos un infructuoso viaje en nuestro pasado reciente; y algunas veces en aquel que no es tan reciente. Nuestro propósito es encontrar la razón por la cual estamos enfrentando la adversidad en la que estamos. Puede que surja un pensamiento como: *De seguro esa es la manera en que Dios se está desquitando. Sin embargo, si estamos convencidos de que nada de lo que hemos hecho amerita la magnitud de nuestra adversidad, parece que no tenemos otra elección, sino cuestionar la bondad y la fidelidad de Dios.*

En su respuesta a los discípulos, Jesús reveló otro error que era una plaga en la teología de esos días. Pero su respuesta hizo mucho más que eso. Nos ilumina y nos muestra una perspectiva mucho más amplia sobre el sufrimiento que la que tienen la mayoría de las personas. Su respuesta trae una esperanza a aquellos que hasta ahora han tenido temor de preguntar el *porqué* de las cosas. Nos permite ver más allá de nosotros mismos. ¡Y eso siempre es ganancia!

Jesús respondió: «No es que pecó éste, ni sus padres». En otras palabras: «Vuestro pensamiento está demasiado estrecho. Necesitan unas categorías nuevas». Creo que muchos cristianos que tienen buenos propósitos, necesitan hacerse de categorías nuevas en lo que se refiere al tema de la adversidad. El tener una forma de pensar demasiado estrecha en lo que se refiere a este tema, nos coloca una culpa de la cual no tenemos necesidad. Y como en el caso de los discípulos de Jesús, daña la perspectiva de uno con respecto al sufrimiento de los demás.

—Ni él pecó, ni sus padres —respondió Jesús—, sino que esto sucedió para que la obra de Dios se hiciera evidente en su vida.

—JUAN 9.3

Las implicaciones de tal afirmación no son nada agradables. La frase «para que» denota un propósito. Había un propósito

en la ceguera de ese hombre. Los discípulos veían esa ceguera como el *resultado* de algo. Sin embargo, Jesús les hizo saber en términos concluyentes, que esa ceguera no era resultado de algo que ese hombre hubiese hecho. Esa ceguera era parte del propósito de Dios. En otras palabras, *la ceguera de ese hombre provenía de Dios*. Debe haber sido una frase difícil de escribir y aun más de creer.

¿Es posible que la adversidad se origine en Dios? Todos nos sentiríamos mucho mejor si el Señor Jesús hubiera dicho: «Este hombre está ciego porque ha pecado, pero Dios va a utilizar esto de cualquier manera». Eso sería algo más fácil de aceptar. Pero Jesús no nos da otra salida. El pecado no era la causa directa de la ceguera de ese hombre, era Dios.

Un caso en cuestión

Observo que tal declaración vuela directamente en el área de la teología de la prosperidad que tanto prevalece hoy en día. Sin embargo, una declaración como esa en el Evangelio de Juan, deja perfectamente claro que Dios es el ingeniero de parte de la adversidad. No podemos dejar que nuestras inclinaciones teológicas (las cuales todos tenemos), interfieran con las enseñanzas claras de las Escrituras. Por dicha para nosotros, ese hombre ciego no es el único ejemplo bíblico que tiene a Dios como ingeniero de la adversidad. En 2 Corintios 12 el apóstol Pablo describe su lucha con la calamidad. Él, claramente, identifica a Dios como el ingeniero que está detrás de su sufrimiento.

Y para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase desmedidamente, me fue dado un agujijón en mi carne, un mensajero de Satanás que me abofetee, *para que no me enaltezca sobremanera*.

—2 CORINTIOS 12.7, RVR1960, énfasis mío.

Uno puede argumentar: «Pero dice que era un mensajero de Satanás». ¡Cierto! Pero noten el propósito de la adversidad que Pablo estaba enfrentando: «Para que no me enaltezca sobremedida». ¿Creen que Satanás podría ingeniar un plan para apartar a Pablo de la exaltación? Por supuesto que no. La meta de Satanás es *hacer* que nos exaltemos. Es seguro que él no va a trabajar en contra de sus propósitos destructivos. Así que entonces, ¿cómo encaja todo esto? Parecería que Dios quería causarle dolor a Pablo para mantenerlo humilde. Para lograr eso, Dios envió a un mensajero de Satanás a la vida de Pablo. Qué era exactamente, no lo sabemos. Sin embargo, una cosa es segura, la idea se había originado en Dios. Era su plan y utilizó sus recursos para llevarlo a cabo.

Aun cuando sea difícil de entenderlo, la Biblia describe a Dios como el instigador de parte de la adversidad.

En los capítulos restantes vamos a extendernos en lo que respecta a la relación que hay entre Dios y la adversidad. Estoy consciente de que para algunas personas he hecho más preguntas que las que he contestado. Y no importa que piensen así, ¡siempre y cuando continúen leyendo!

Nuestros propios actos

Dios no es la única fuente de infortunio. A menudo este viene como resultado de nuestros propios actos. Los discípulos de Jesús no estaban completamente equivocados al discernir la causa de la ceguera de aquel hombre. La adversidad en muchas ocasiones es resultado del pecado. De hecho, el pecado siempre da como resultado alguna calamidad o adversidad.

Santiago escribe:

Todo lo contrario, cada uno es tentado cuando sus propios malos deseos lo arrastran y seducen. Luego, cuando el

deseo ha concebido, engendra el pecado; y el pecado, una vez que ha sido consumado, da a luz la muerte.

—SANTIAGO 1.14-15

El pecado siempre da como resultado alguna forma de muerte.

A veces es la muerte física, pero por lo general es más sutil. El pecado hace que nuestras relaciones se mueran. Hace que nuestra autoestima fallezca. Ciertos pecados matan las ambiciones y la disciplina. Todas esas formas de muerte resultan en adversidad hasta cierto grado.

El caso clásico es la historia de Adán y Eva. Sus vidas estaban libres de infortunio. No había enfermedades, muerte, decadencia; ni ningún tipo de sufrimiento en el jardín del Edén. No había tensiones en las relaciones entre ellos, ni conflicto entre ellos y el ambiente. No podrían haber deseado algo mejor. No sabemos con certeza cuánto tiempo vivieron Adán y Eva en el jardín del Edén, aunque sabemos la razón por la cual tuvieron que salir: *por el pecado*.

Después de haber desobedecido a Dios comiendo del fruto prohibido, todo cambió. Eva iba a experimentar dolores de parto. Habría potencial para que hubiera conflictos entre el hombre y la mujer. Y aun entre el hombre y el ambiente. Y, por encima de todo, el hombre tendría que experimentar la muerte y vivir con la sombra de ese enemigo momentáneo. La muerte trajo consigo el temor y la inseguridad. Todas esas cosas son resultado del pecado. De ese momento en adelante, las vidas de Adán y Eva estarían llenas de adversidad; y todo por causa del pecado.

Las raíces del mal

Esta narración bíblica hace más que simplemente ilustrar la posible conexión entre el pecado y la adversidad. Sirve como fundamento para contestar muchas de las preguntas difíciles de la vida.

Está bastante claro, aun al leer de pasada estos primeros capítulos, que Dios nunca quiso que el hombre experimentara la adversidad ni la tristeza traídas por el pecado de nuestros antecesores. La muerte no era parte del plan original de Dios. La muerte es una interrupción. Es enemiga tanto de Dios como de los hombres. Es todo lo opuesto de lo que él deseaba hacer.

Ciertamente las enfermedades y el dolor no son amigos de Dios. No había enfermedades en el jardín del Edén. No era parte del plan original de Dios para el hombre. El ministerio de Cristo da testimonio de esta verdad. A cualquier lugar que iba, sanaba a los enfermos. Dios comparte nuestro desdén por causa de los malestares. La enfermedad es una intrusa, no tenía cabida en el mundo que Dios creó al principio; y al final tampoco la tendrá en el mundo de Dios.

La muerte, las enfermedades, el hambre, los terremotos y las guerras, todas esas cosas, no eran parte del plan original de Dios. Sin embargo, lo son de nuestra realidad. ¿Por qué? ¿Acaso Dios perdió el control? ¿Acaso nos ha abandonado? ¿Acaso ya no es un Dios bueno? No. Nuestra realidad se concreta a través de la elección de Adán de pecar. Y el pecado siempre da como resultado la adversidad.

La bondad y el poder de Dios no se deben medir en la balanza de la tragedia y de la adversidad que experimentamos día tras día. Si se va a cuestionar su bondad, que sea a la luz de su propósito original así como en la parte final de su plan.

Oí una potente voz que provenía del trono y decía: «¡Aquí, entre los seres humanos, está la morada de Dios! Él acampará en medio de ellos, y ellos serán su pueblo; Dios mismo estará con ellos y será su Dios. Él les enjugará toda lágrima de los ojos. Ya no habrá muerte, ni llanto, ni lamento ni dolor, porque las primeras cosas han dejado de existir».

Es Dios quien va a enjugar cada lágrima. Es Dios quien va a eliminar la muerte, el lloro, el dolor y la tristeza. ¿Por qué va a hacer tales cosas? Porque es un Dios bueno y fiel. ¿Cómo puede hacerlas? Por el poder de su fuerza. Él es Soberano, el Todopoderoso del universo. Nada es demasiado difícil para él.

Un ejemplo viviente

La idea de que la adversidad algunas veces es resultado del pecado, difícilmente necesita un apoyo bíblico. Cada uno de nosotros podría dar testimonio de ese principio. Cada multa por exceso de velocidad que hayamos pagado sirve como evidencia. La última discusión que tuviste con tu compañero(a), con tus padres, o con alguno de tus hijos, probablemente surgió del pecado de una manera o de otra. La tristeza y el dolor causados por un divorcio o aun por la separación, siempre están relacionados de alguna manera con el pecado. Unas veces es el pecado personal el que trae adversidad a nuestras vidas. Otras veces es el pecado de cierta persona el que nos causa dificultades. Los discípulos de Jesús no estaban completamente equivocados: la adversidad y el pecado van de la mano.

Aunque parezca bastante evidente, es sorprendente cómo algunas veces no podemos ver, o rehusamos ver, la relación que hay entre ambos. Recientemente una madre me trajo a su hijo adolescente. El problema, de la manera en que ella lo veía, era las relaciones que el hijo tenía con «las personas equivocadas». Ella siguió hablando y me explicó cómo las relaciones de su hijo con ese grupo habían hecho que él desarrollara una actitud errónea hacia las figuras de autoridad. Como resultado, se había convertido en alguien con quien era imposible vivir.

Después de varias reuniones, finalmente la verdad salió a relucir. La madre del muchacho había dejado a su esposo (el padre del chico), y estaba completamente indispuesta para reconciliar la

relación. El chico quería vivir con su padre, pero su madre no le prestaba atención. Hablé en varias ocasiones con el padre. Se hizo responsable de su parte en los conflictos del hogar y estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por volver a unir a su familia. Su esposa, sin embargo, no cedía.

Cuando le expliqué a la mujer de qué manera afecta a los hijos una separación hostil, se enojó. Me dijo: «Ya le dije por qué está actuando de esa manera, son sus amigos». Nada de lo que decía parecía encajar. No podía (o no quería) ver la conexión que había entre el comportamiento de su hijo en el hogar y la manera de actuar hacia su marido. Desde su punto de vista, el problema estaba en su hijo. En varias ocasiones estuvo dispuesta a pedir públicamente que se orara por ella por causa del dolor que su hijo le estaba causando. Pero nunca llegó a darse cuenta de que el conflicto que estaba experimentando con su hijo se relacionaba directamente con su propio pecado.

Sería difícil asignar un porcentaje con respecto a esto, pero yo sugeriría que de sesenta a setenta por ciento de las personas a las cuales aconsejo, están sufriendo las consecuencias de su propio pecado o del pecado de otra persona. Algunas de las situaciones en consejería más difíciles que encuentro, son aquellas en las que una persona que es inocente, sufre por la desobediencia de otra. Siempre parece ser que es injusto. Sin embargo, parte de soportar ese tipo de adversidad es darse cuenta de cuál es la fuente de donde proviene el pecado. Admito que es una respuesta que no va a satisfacer mucho en algunos casos. Una de las razones es que, si estoy sufriendo por causa del pecado de otra persona, en realidad no hay nada que pueda hacer al respecto, ¡sino sufrir! Si es por causa de mi pecado que estoy sufriendo, al menos puedo consolarme con el hecho de que si no hubiera errado no estaría sufriendo. Pero cuando se padece por la falta de otro, la situación puede ser frustrante en extremo. Posteriormente discutiremos cómo responder a los diversos tipos de adversidad. El punto que quiero enfatizar aquí es

que hay ocasiones en que no hay otra explicación para la adversidad, que el mismo hecho de estar experimentando los efectos del pecado de otra persona.

El adversario mismo

Hay una tercera fuente de adversidad: Satanás. En cierto sentido, él está detrás de todo tipo de desgracia. Él fue directamente responsable de haber desviado a Adán y a Eva, por lo tanto, también lo es de la calamidad que le siguió a ese hecho: Sin embargo, su implicación en la adversidad va mucho más allá de su actividad en el jardín del Edén. Él está vivo y activo hoy.

Varios relatos bíblicos ilustran el papel que Satanás juega en la adversidad. El ejemplo más claro es la historia de Job. Aquellos que le atribuyen toda la calamidad a alguna manera de pecado o a la falta de fe, la pasan mal al leer este relato. Ellos atribuyen los problemas de Job a su orgullo o al pecado de sus hijos. Pero el autor descarta esas teorías en los primeros versículos del libro.

En la región de Uz había un hombre *recto e intachable, que temía a Dios y vivía apartado* del mal. Este hombre se llamaba Job.

—Job 1.1, énfasis mío.

Posteriormente en el mismo capítulo Dios mismo da su evaluación con respecto a Job.

—¿Te has puesto a pensar en mi siervo Job? —volvió a preguntarle el SEÑOR—. No hay en la tierra nadie como él; es un hombre recto e intachable, que me honra y vive apartado del mal.

—Job 1.8

No puede haber duda al respecto. Job era un hombre justo. La adversidad que estaba enfrentando no era resultado de su orgullo. La siguiente discusión entre Dios y Satanás muestra con claridad por qué sufrió de tal manera.

Satanás replicó:

—¿Y acaso Job te honra sin recibir nada a cambio? ¿Acaso no están bajo tu protección él y su familia y todas sus posesiones? De tal modo has bendecido la obra de sus manos que sus rebaños y ganados llenan toda la tierra. Pero extiende la mano y quítale todo lo que posee, ¡a ver si no te maldice en tu propia cara!

—Muy bien —le contestó el SEÑOR—. Todas sus posesiones están en tus manos, con la condición de que a él no le pongas la mano encima.

Dicho esto, Satanás se retiró de la presencia del SEÑOR.

—JOB 1.9-12

Por tanto, Satanás se dirige a destruir todo lo que Job tiene. Sin embargo, este continúa sirviendo a Dios y sigue andando en sus caminos.

Entonces Satanás le pide algo más a Dios.

—¡Una cosa por la otra! —replicó Satanás—. Con tal de salvar la vida, el hombre da todo lo que tiene. Pero extiende la mano y hiérello, ¡a ver si no te maldice en tu propia cara!

—Muy bien —dijo el SEÑOR a Satanás—, Job está en tus manos. Eso sí, respeta su vida.

Dicho esto, Satanás se retiró de la presencia del SEÑOR para afligir a Job con dolorosas llagas desde la planta del pie hasta la coronilla.

—JOB 2.4-7

La adversidad de Job provenía de Satanás. El escritor hace una distinción clara en su libro. Satanás desafía a Dios a que envíe adversidad a la vida de Job. Pero Dios autoriza a Satanás para que vaya y haga el mal. El permiso vino de Dios. La adversidad vino de Satanás.

Pedro nos dice que Satanás anda como león rugiente buscando a quién devorar a través de la calamidad.

Por eso escribe:

Practiquen el dominio propio y manténganse alerta. Su enemigo el diablo ronda como león rugiente, buscando a quién devorar. Resístanlo, manteniéndose firmes en la fe, sabiendo que sus hermanos en todo el mundo están soportando la misma clase de sufrimientos.

—1 PEDRO 5.8-9

A menudo este pasaje se utiliza para hablar del papel que Satanás juega en nuestras tentaciones. El contexto real, sin embargo, es el del sufrimiento. Satanás anda rugiendo alrededor, buscando la manera de traer adversidad a nuestras vidas. Él quiere que suframos, porque el sufrimiento a menudo destruye nuestra fe en Dios. Pedro instruye a esos creyentes a que estén alerta para que, en medio del sufrimiento, no pierdan de vista quién es el responsable ni la manera en que Dios lo va a utilizar.

¿Cómo lo sabemos?

En nuestras experiencias cotidianas a menudo es difícil determinar la fuente de nuestra calamidad. La adversidad que está relacionada con nuestro propio pecado casi siempre es fácil de identificar. Aunque después de eso, las cosas parecen correr juntas. Ciertamente no queremos reprender al diablo por algo en lo cual está Dios. Ni tampoco queremos sonreír y soportar algo a lo cual podemos

poner fin con respecto a nuestro sufrimiento. La Biblia no nos da un método de tres pasos sencillos para determinar de dónde proviene nuestra adversidad. En otra época, eso me molestaba realmente. Por mucho tiempo, cuando enfrentaba alguna variedad de ella, oraba y clamaba para que Dios me diera una indicación del porqué de mis sufrimientos. Posteriormente me di cuenta de por qué muy rara vez son respondidas esa clase de oraciones. Había y hay cuestiones más importantes que esas.

Mucho más importante que la *fente* de la adversidad es la *respuesta* a la ella. ¿Por qué?, porque la adversidad, aparte de la fuente de la que proviene, es la herramienta más efectiva que Dios tiene para profundizar tu fe y tu consagración a él. Las áreas en las cuales estás experimentando las calamidades más grandes, son aquellas en las cuales Dios está trabajando. Cuando alguien dice: «Dios no está haciendo nada en mi vida», mi respuesta siempre es: «Así que, ¿no tienes ningún problema?» ¿Por qué digo esto? Porque la mejor manera de identificar la participación de Dios en tu vida es considerando tu respuesta a la adversidad. Dios utiliza esa calamidad, no importa cuál sea la fuente. Pero tu respuesta a ella determina si Dios es o no capaz de utilizarla para llevar a cabo su propósito. De hecho, la adversidad puede destruir tu fe. Si no respondes de la manera adecuada, puede ponerte en una situación tal que nunca te recobres, esto es espiritualmente hablando. Todo está basado en tu respuesta.

Por mucho que queramos conocer la respuesta a la pregunta del *porqué*, realmente no es la cuestión más importante. El asunto que cada uno de nosotros necesita plantearse es el siguiente: «¿Cómo debo responder?». Pasar mucho tiempo intentando responder la pregunta del *porqué*, es arriesgarnos a perder lo que Dios quiere enseñarnos. Suficientemente irónico es que al concentrarnos en el *por qué*, a menudo eso nos perjudique y nunca podamos descubrirlo. Si está en la soberanía de Dios revelarnos en esta parte de la eternidad la respuesta a esa pregunta, será conforme respondamos y mejor si es de la manera adecuada. Una de las batallas más

grandes de mi vida giró en torno a la decisión de mudarme de Bartow, Florida, a Atlanta. Bartow es un pueblo pequeño en la parte central de Florida. Nuestra casa estaba a escasa distancia de tres lagos. El vecindario era seguro; conocíamos a todos nuestros vecinos. Bartow parecía ser el medio perfecto para que nuestros hijos crecieran. Para complicar las cosas aún más —apenas teníamos un año de vivir allí— un amigo se me acercó para pedirme que fuera a Atlanta para que ejerciera de copastor en la Primera Iglesia Bautista. Le agradecí su voto de confianza pero le dije que no me interesaba. Unas semanas después llegó un comité para escucharme predicar. Una vez más, fui cortés, pero les dije que no estaba interesado. Me pidieron que orara al respecto y les dije que lo haría. ¿Qué otra cosa podría haber dicho? Así que una noche mi esposa, Anna, y yo empezamos a orar si era o no la voluntad de Dios que nos mudáramos para Atlanta. Sucedió lo más raro. Mientras más orábamos, más nos convencíamos los dos de que debíamos mudarnos. Cuando hablábamos al respecto, no parecía tener lógica alguna. ¿Por qué querría Dios que me hiciera copastor cuando ya había sido el pastor titular de otras tres iglesias? ¿Por qué querría Dios cambiarnos si solo teníamos trece meses en Bartow? ¿Por qué querría un Dios bondadoso que me mudara con mi familia a Atlanta?

Dos meses después nos mudamos. Y casi dos años después de eso, entendí el *porqué*. Lo que quiero decir es esto: a menudo, la explicación que buscamos con tanta desesperación, se hará clara conforme respondamos de manera adecuada a la adversidad.

Con seguridad que los discípulos estaban en el Calvario preguntándose por qué se había permitido que sucediera tal cosa. Humanamente hablando, no tenía ningún sentido. Pero en unos pocos días todo empezó a tener significado. A menudo estamos como los discípulos en el Calvario. Vemos nuestras esperanzas y nuestros sueños hechos pedazos ante nuestros ojos. Vemos que nuestros seres queridos sufren. Vemos morir a miembros de la familia. Y, como los discípulos, nos preguntamos por qué.

Debemos recordar que la muerte de Cristo, su sepultura y su resurrección sirvieron como contexto a todo nuestro sufrimiento. Dios, a través de esos acontecimientos, tomó la tragedia más grande de la historia del mundo y la utilizó para llevar a cabo su triunfo más grande: la salvación del hombre. Si el asesinato del Hijo perfecto de Dios puede ser explicado, ¿cuánto más podemos confiar en que Dios está llevando a cabo su propósito a través de las calamidades que enfrentamos día tras día?

La fuente de nuestra adversidad no debe ser nuestro interés principal. Medita al respecto. ¿Cuál era la fuente de la adversidad que enfrentó Cristo? ¿El pecado, Satanás o Dios? De hecho, los tres estuvieron involucrados. Sin embargo, las respuestas de Cristo permitieron que nuestro Padre celestial tomara esa tragedia y la utilizara para un mayor bien. Ese es el patrón. Esa es la meta de Dios con nosotros a través de todas las adversidades de la vida.

¿Has estado tan aferrado a saber *por qué* la calamidad te ha llegado que quizás has ignorado a Dios? ¿Ha fortalecido tu fe la adversidad que hay en tu vida o la ha debilitado? La adversidad es una realidad que nadie puede evitar. Por lo tanto, debes poner todo tu interés para empezar a responder de tal manera que lo negativo pueda ser empleado para llevar a cabo la voluntad de Dios en tu vida. Y conforme empieces a responder de la manera correcta, ¡quizás comiences a entender *por qué*!